

El censo revolucionario de Hillquit
(Carta a la redacción de *N. Y. Volkszeitung*)

León Trotsky
Febrero de 1917

(Versión al castellano desde “Le cens révolutionnaire de Hillquit”, en *La guerre et la révolution*, Tomo II, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 257-259. “El *Volkszeitung*, diario socialdemócrata alemán, tenía a su cabeza al viejo Schlütter, partidario de Kautsky, la tendencia Liebknecht estaba representada por el redactor jefe, Lore, quien tomó la dirección del diario a la muerte de Schlütter. Aquél expresaba las ideas de la Tercera Internacional. Maurice Hillquit, es un abogado muy conocido que cumple con las funciones de líder del Partido Socialista en sus ratos libres. Lore estaba a nuestro favor. Hillquit es originario de Rusia. LT”)

¡Señores redactores!

Mi exposición ante el grupo alemán de Nueva York me privó de la posibilidad de participar el domingo 11 de febrero en la conferencia de nuestro partido. Leyendo vuestro diario, constato que la posición que defendiendo ha sufrido por parte de Hillquit un asalto contra un punto que yo no esperaba en absoluto. Hillquit piensa que nuestro joven amigo Frein no tiene derecho a recomendarles a los proletarios una táctica revolucionaria que comporte sacrificios, pues Frein, jamás ha tenido la ocasión de mostrar lo que está dispuesto a soportar de esos sacrificios. En cuanto a mí, uno de los firmantes del proyecto de la minoría, Hillquit declara que “huí de Rusia para no ser fusilado en nombre de mis ideas pero que he venido aquí para darles a los otros buenos consejos”. No sé si semejantes métodos de “crítica” política son admisibles en Norteamérica. Lo dudo mucho. En cualquier caso, en Europa me habitué a mirarlos como inconvenientes y, además, inadmisibles. Es suficiente con algunos minutos de reflexión para convencerse de la justeza de esta conclusión.

T. Simon Berlin, uno de los miembros de la mayoría, declaró que, habiendo superado la edad del servicio militar, consideraba imposible aconsejar a los otros el empleo de métodos definitivos de lucha contra la conscripción. Muy bien. Pero, entonces, Frein, que está en edad de ser movilizado, está privado del derecho a hacer campaña contra el servicio obligatorio pues su juventud, siguiendo a Hillquit, le impide adquirir el título viril indispensable. Y para acabar, yo no tengo derecho a recomendar los métodos revolucionarios pues no me he dejado fusilar en Rusia. Como vemos, no es fácil encontrar en la naturaleza la combinación de condiciones personales que pudiesen satisfacer a Hillquit: no hay que ser ni viejo, ni joven, y, una vez al menos, no haber sufrido una condena a muerte.

No dudo de que una vez fusilado en Rusia, Hillquit me reconocería el derecho a recomendar la táctica revolucionaria. En tal caso es cierto que me sería difícil beneficiarme de ese magnánimo permiso. Pero ésta no es la única dificultad. Para hacerme fusilar en Rusia tendría que haber predicado la táctica revolucionaria. Pero los Hillquit rusos (¡no todos están en Norteamérica!) no habrían dejado de aprovechar la ocasión para demostrar que, no habiendo dado pruebas de mi capacidad para hacerme fusilar, no tendría derecho a llamar a los trabajadores rusos a la lucha revolucionaria. Como vemos, la situación no tiene salida. Felizmente los movimientos revolucionarios se ríen locamente de las opiniones y normas que imponen sin piedad los catones de Broadway.

En tiempos de la guerra ruso-japonesa, nuestras conferencias y reuniones tenían por objetivo llamar a las masas a la huelga revolucionaria contra la guerra y el zarismo. Esos llamamientos no se quedaban en letra muerta. 1905 fue el año de las mayores huelgas políticas y combates más encarnizados en las barricadas. En nuestras reuniones, juzgábamos nuestros métodos de lucha, y las discusiones subían a veces a un grado violento. Pero a ninguno de nosotros se le hubiese ocurrido esta idea tan baja de preguntarle al contradictor: ¿estás presto a soportar personalmente la responsabilidad de las acciones a las que llamas a los trabajadores? No nos sentíamos demasiado directamente revolucionarios. Podíamos estar divididos por cuestiones de orden político pero no por las que tienen que ver con el coraje personal y la capacidad de sufrir las consecuencias de nuestros llamamientos y acciones. Y no he tratado este asunto sin un sentimiento de disgusto.

En el fuego de su acusación, Hillquit no ha podido caer más bajo. La policía reaccionaria de todos los países siempre ha afirmado que los líderes conducen a las masas a la guillotina mientras que ellos se libran siempre. Pero, de hecho, la reacción política siempre la toma con los líderes y, en consecuencia, la conciencia de Hillquit puede estar perfectamente tranquila...

Me queda por demostrar cuán mentirosa es la afirmación de Hillquit: a saber que yo no quise quedarme en Rusia para ser fusilado allí, pero que vine a Norteamérica para distribuir consejos peligrosos. Yo no podía “quedarme” en Rusia pues la guerra me pilló en Suiza en calidad de emigrado político. Privado por los tribunales zaristas de todos los derechos, no tenía ninguna posibilidad física de volver a Rusia. De Suiza viajé a Francia donde propagué esos puntos de vista que inquietan de tal manera a Hillquit. De ello resultó mi expulsión de Francia a España, de España a Norteamérica. No voy a entrar en una discusión a propósito del “censo” que le da derecho a M. Hillquit a mostrarse tan exigente con sus adversarios políticos pero pienso que en calidad de abogado debería de mostrarse más prudente en sus insinuaciones.

Nueva York, febrero de 1917

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es